

que Homero no supiese tales prescripciones, pues ignoramos que haya cosa alguna que pueda parangonarse, por la salvaje energía del sentimiento y de la expresión, con las palabras de Diómedes á París, que acababa de herirle. «... Hago tanto caso como si el golpe viniese de una mujer ó de un niño sin razón: el dardo de un cobarde, de un villano, no tiene punta. No así en mi mano: por poco que alcance, mi dardo es agudo, y mata al instante. La mujer del guerrero se desgarró ambas mejillas, y sus hijos son huérfanos: en cuanto á él, enrojando la tierra con su sangre, se pudre, y vagan en torno suyo mas aves de rapiña que mujeres (1).»

El anciano Fénix, uno de los diputados enviados para aplacar á Aquiles, despierta en la memoria del héroe recuerdos de su primera infancia: «Y soy yo quien te ha hecho lo que eres, Aquiles igual á los dioses, pues te amaba entrañablemente. No querías ir á un festín, ni comer en palacio, á no ser conmigo; primero tenia que sentarte en mis rodillas, cortarte los pedazos y llevarte á la boca los alimentos y el vino. Mas de una vez me regaste la túnica sobre mi pecho, arrojando el vino de la boca. Tu niñez fué trabajosa; y por tí he sufrido mil incomodidades y penas, pensando que los dioses no me habian dado ningun hijo; y te trataba como si fueses hijo mio, Aquiles igual á los dioses, á fin de que un día apartases de mí las funestas calamidades (2).» ¿Es Fénix menos elocuente en el anterior pasaje, no es mas patético que en el resto de su discurso, hasta en la admirable alegoría de las Súplicas, á las que pinta cojeando en pos de

(1) *Iliada*, canto XI, v. 389 y sig.

(2) *Ibid.*, canto IX, vers. 485 y sig.

la Injuria? ¿Qué ideas, qué sentimientos, qué imágenes competirían con ese ingenuo y sencillo cuadro, no solo en verdad, sino en poesía, encanto é inspiración? Preguntémoslo á Esquilo, quien no vaciló en expresar los pesares de la nodriza de Orestes en un lenguaje mas sencillo, si cabe, y mas ingenuo todavía. ¡Dichosos poetas, que solo conocían la naturaleza, y cuyo genio volaba ufano y libre, sin tener que sujetar su raudo vuelo al capricho de los sofistas y retóricos!

Sublime de Homero.

En ciertos tratados de literatura se lee lo siguiente entre los ejemplos de sublimidad:

«*Gran Dios, devuélvovnos la luz y pelea contra nosotros.*»

Esas son palabras de la *Iliada* de La Motte, quien las cita en alguna parte de su propio Ajax, como un ejemplo de lo sublime de Homero. Basta empero reflexionar un momento para conocer que por ningun concepto son sublimes, sin contar que siguen á estas, las cuales aun lo son mucho menos:

«*Ah! exclamó Ajax, ¿habré de perder mis golpes?*»

Y así lo demostró inútilmente la Sra. Dacier á La Motte con gran fuerza de razón: «En Homero, decia, Ajax no se queja de modo alguno de perder sus golpes, pues no los asesta contra lo que no ve; quéjase, sí, de que las tropas están envueltas en una nube tan densa, que á nadie se conoce, que él no puede distinguir á Antíloco para enviarle á Aquiles, y vesé obligado á permanecer con los brazos cruzados, sin lidiar y sin probar su esfuerzo en medio de tanta oscuridad; de modo que en su dolor exclama: *Gran Dios*, etc. Estas últimas palabras son mas nobles, como que

La Motte las imitó de Despreaux, quien las tradujo así en su Longino :

« *Gran Dios, disipa la noche que nos cubre los ojos, y pelea contra nosotros á la luz del cielo.* »

Lo cual es mucho mejor sin comparacion, si bien no deja de tener un defecto notable. No extraño que nuestro autor no viese la delicadeza de Homero en este punto : tal vez no le leyó sino en el pasaje de Longino ; pero me sorprende que se ocultase á Despreaux, quien seguramente era tan sutil crítico como gran poeta. Aunque muy impetuoso y violento, no estaba Ajax bastante airado para decir á Júpiter : *Devuélvenos la luz y pelea contra nosotros.* Eso hubiera sido una especie de desafío sobrado impío y arrogante : Ajax solo pide que les devuelva la claridad del día, y que despues les haga perecer, si tal es su voluntad. » Sí, Boileau se equivocó, y aun mas groseramente La Motte. El verdadero Ajax no dice lo que en su boca pone Boileau, y aun mucho menos lo que le atribuye La Motte; sino sencillamente: Júpiter, libra de la oscuridad á los hijos de los aqueos ; serena el día ; haz que nuestros ojos vean, y exterminanos si quieres á la luz, ya que te place que perezcamos (1). » Esa es la súplica que merecia conmovér á Júpiter, y que en efecto calmó su enojo ! Esos son sentimientos dignos de Ajax, y eso es lo sublime de Homero !

Descripciones de Homero.

Nuestro poeta nunca describe por describir, cualquier que sea la menudencia á que alguna vez se complazca en descender : bástanle algunos versos para pintar la amena morada de Calipso.

(1) *Iliada*, canto XVII, vers. 645 y sig.

« Una verde floresta rodeaba la gruta : eran el aliso, el álamo y el oloroso ciprés. En ella anidaban aves de anchas alas, lechuzas, gavilanes, graznadoras cornejas marinas, atentas á lo que pasa sobre las aguas. La profunda gruta estaba alfombrada de una vid cargada de racimos. Cuatro fuentes, que manaban una cerca de otra, vertian sus limpidas aguas por cuatro diferentes lados ; y á sus orillas florecian ledas praderas, de violeta y apio (1) esmalladas. Al aproximarse á aquellos lugares, hasta un inmortal admiraría aquel espectáculo, alegrándosele el corazón (2). » Los jardines de Alcinoos están descritos casi con igual brevedad. El poeta atiende ante todo al hombre y su destino, á sus sentimientos y pasiones ; solo es inagotable cuando se trata de las obras de la humana industria, ó de las maravillas fabricadas por Vulcano ; no anatomiza la naturaleza exterior : bástanle los rasgos principales. El mundo es hermoso á sus ojos, pero especialmente porque en él vive el hombre y da significacion y valor á todas las cosas ; lo que ve en la tempestad, no son solamente relámpagos que surcan la nube, truenos que retumban en el espacio, olas que se elevan por los aires, abismos que se abren anchurosos, no ; es el hombre quien le interesa, es Ulises, cuyas quejas nota, y á quien sigue con cariño de ola en ola hasta la costa de Ogigia, ó hasta la playa de la isla de los feacios. Cuadros, comparaciones, imágenes, todos son para él accesorios, y dependen siempre del alma y del pensamiento. Si representa á los troyanos velando en torno de sus fuegos en el campo de batalla, lo que le impresiona es mucho menos aun el

(1) Trátase del apio oloroso, muy celebrado por los poetas antiguos.
(N. del T.)

(2) *Odisea*, cant. V, vers. 63 y sig.

aspecto del vivac, el claro oscuro de la escena, y la lucha de la luz contra las tinieblas de la noche, que aquellos cincuenta mil guerreros que se estremecen de impaciencia aguardando la aurora.

Hay un monumento famoso de la grande idea que del genio de Homero se formaban los griegos. Es la apoteosis del poeta por el escultor Arquelao de Priena, hijo de Apolonio. Millin reprodujo ese bajo relieve, una de las mas hermosas obras antiguas que cuenta Roma. Homero es coronado por el Tiempo y por el Universo, recibiendo los votos y los sacrificios de Mito, personificacion de la palabra; y otras nueve figuras simbólicas le honran levantando á él los brazos, ó dando aclamaciones. Vese en este grupo á la Poesía, por supuesto, y tambien á la Tragedia y á la Comedia. Además, con ellas están la Historia, la Virtud, la Memoria y la Fidelidad; y en su nombre tambien se dispone Mito á hacer las libaciones, y á mandar degollar la víctima que aguarda junto al altar, al pié del trono donde Homero se complace en su gloria, en compañía de sus dos inmortales hijas la *Iliada* y la *Odisea*.

Homero juzgado por los moralistas.

No nos sorprende pues el poco éxito que en la antigüedad obtuvo la severa crítica á que sujeta Platon los principios de la moral de Homero: el poeta que habia prestado tan elocuente lenguaje á las penas y alegrías, que habia tendido sobre el mundo una mirada tan penetrante, y descubierto con tan seguro pulso los pliegues del corazon humano; conservó durante muchos siglos, á despecho de la filosofía dogmática, el renombre de moralista por excelencia, que la ingénuo admiracion de los tiempos antiguos le

confiriera. Mil años despues de Homero, escribia aun Horacio á su amigo Lolio: «He releido á Prenesto el poeta de la guerra de Troya, quien dice, mas completamente y mejor que Crisipo y Crantor, lo que es bueno ó bajo, lo que es útil ó no lo es.» Y desenvuelve su tésis poniendo de relieve el sentido moral de algunas de las principales invenciones del poeta. Mucho tiempo despues de Horacio, y en medio del cristianismo, reconocíase tambien en la poesía de Homero el mismo mérito notado por el satírico latino. Decantábanlo las escuelas, y el mismo San Basilio no vacilaba en escribir estas líneas características: «La poesía, en Homero, como lo he oido decir á un hombre hábil en discernir el sentido de un poeta, es un perpetuo elogio de la virtud; y este es el principal objeto que él se propone, el cual se descubre sobre todo en el pasaje donde representó al jefe de los cefalénios despues de salvarse desnudo del naufragio. Con solo presentarse, infunde respeto á la hija del rey (Nausicaa, hija de Alcinoos), muy léjos de experimentar confusion alguna por mostrarse desnudo: es que el poeta le habia expuesto ornado de virtud en lugar de vestidos. Luego, profésanle tanto aprecio los demás feacios, que despreciando la molicie en que vivian, todos ponen en él los ojos, todos le envidian; y en ese momento no hay feacio que no desee tornarse Ulises, sí, Ulises salvado de un naufragio. En esta parte, decia el intérprete del pensamiento del poeta, parece que Homero exclama: «¡Oh hombres! dedicaos á la virtud; pues ella se salva á nado con el naufragio, y llegado desnudo á la playa, le hará mas digno de aprecio que los dichosos feacios.»

No por cierto, Homero no es un filósofo que diserta so-

bre los derechos y deberes del hombre, ni aquella especie de predicador que se figuraban S. Basilio y el comentador Libanio, ú otro cualquiera, cuyas palabras reproduce el mismo santo. Platon sostiene con mucho fundamento que en la *Iliada* y la *Odisea* no hay un sistema de moral irreprehensible y bien ordenado. No nos extraña que en nombre de la teoría pura censure las supuestas doctrinas de Homero, y excluya al poeta de una república ideal, donde todo se rige por principios absolutos. Poco pensó Homero en reclamar la gloria filosófica que Platon le niega; una epopeya no es un tratado de metafísica ó de moral. Aquella viva ilusion, contra la cual agota en vano Platon todos los tiros de su dialéctica, estaba menos destituida de razon de lo que dice. Revelar el hombre al hombre con la creacion de caractéres en que se ve retratado, con la viva pintura de sus pensamientos, de sus sentimientos y pasiones, es darle una enseñanza ejemplar, es contribuir á su educacion y labrar su dicha. El hombre se forma por la experiencia, mucho mas que por los preceptos. Hay otros moralistas diferentes de los que pasan por médicos de las enfermedades del alma: poco importa que se les reproche por no tener sistema, si han sabido levantar una punta del velo que nos oculta á nuestros ojos. Toda poesía verdaderamente digna de este nombre es en definitiva una interpretacion del texto eterno de las meditaciones del espíritu, á saber: Dios, el hombre y la naturaleza; es la glosa popular de los principios que abstracta y sábiamente expresa la filosofía. Abrase á Homero á la ventura, y veráse que nunca carece de solidez y utilidad. Quien de tal modo derrama las copiosas verdades que toma del tesoro de su ingenio, no se propone solamente agradar lisonjero el corazon ó los oidos.

Estilo de Homero.

Mucho mejor fundados estaban los retóricos que los moralistas al buscar en Homero ejemplos y preceptos: sus héroes, segun Quintiliano, enseñarian á los mas consumados oradores, sobre cuanto constituye el poder, la fuerza irresistible de un discurso. En efecto, la retórica de la naturaleza vale tanto á lo menos como la de los retóricos. Cuando un hombre dice lo que debe decir, y todo lo que decir debe, y como debe decirlo, nada falta á su elocuencia: el arte no traspasa estas columnas de Hércules, y Homero llegó á ellas al primer salto. ¿Quién, por ejemplo, notará en el discurso de Priamo á Aquiles una sola falta á las reglas con que los retóricos, desde Gorgias, meten ridículamente tanto ruido?

No pretendemos que en Homero fuese el arte un mero instinto; solamente decimos que no se distingue de la naturaleza. Es la naturaleza que tiene conciencia de sí misma, que se posee por la reflexion, que sale en seguida al exterior y se manifiesta á los ojos. En la *Iliada* y la *Odisea*, la obra es igual á la concepcion, lo real á lo ideal; y conócese que el poeta, como Dios despues de su creacion, estuvo satisfecho de lo que habia salido de sus manos. Cada uno de ambos poemas es uno como diminuto mundo, un conjunto armonioso, donde se han fundido, en no sé qué misteriosa unidad, ideas, sentimientos, imágenes, expresiones, todo en fin, hasta el acento de las sílabas, hasta el sonido de las palabras. El poeta es rey en ese uniyerso: nada es rehacio á su voluntad; la lengua poética es una materia que se presta sin el menor esfuerzo á todas las exigencias de su pensamiento, y hasta á todos los antojos de su imaginacion. Crea

un sinnúmero de formas exquisitas, en virtud de las reglas de un gusto infalible, libres de la tiranía á menudo absurda del uso, y de las mezquinas prescripciones de los gramáticos. Las palabras ondulan, digámoslo así, bajo el ritmo, que las estrecha sin encadenarlas: alárganse ó acórtanse según la cadencia, sin que nunca se oscurezca su maravillosa claridad, ni desmaye su expresiva vehemencia. La frase tiene la diafanidad del agua corriente, al par que su fluidez. Suele ser breve y limitada á dos ó tres versos: los períodos largos solo se ven en las comparaciones, donde la unidad del pensamiento produce naturalmente la de la frase, á pesar de la variedad de los pormenores poéticos, y en los discursos donde la fuerza de la pasión impele y sostiene al personaje que habla, sin permitirle las repetidas pausas de la dicción común. En ninguna parte se entreven los artificios que los retóricos enseñan como los secretos del buen estilo. Los términos vienen por sí mismos, sencilla y uniformemente, y en sus relaciones naturales; nada busca el efecto, nada se sacrifica para causar aquellas sorpresas que tanto gustan á los entendimientos gastados; el poeta no teme reproducir los mismos giros, ni repetir las mismas palabras cuando la idea lo exige... ¿qué digo? versos enteros, hasta largos trozos. No es amante de la variedad ficticia, y no le arredra el fastidio ni la saciedad del lector: ingenuidad que es un encanto mas, y que el desdeñoso gusto de algunos no ha apreciado bastante. Siempre se paga harto caro lo que á costa de la verdad se compra; y en poesía rebuscar sinónimos denota decadencia mucho mas que progreso. Homero es la franqueza, la facilidad y la claridad supremas. No hay en toda la literatura griega un poeta cuya lectura exija menos

esfuerzo. Quien sabe á fondo un canto, un solo canto de la *Iliada* ó de la *Odisea*, posee la llave de Homero, como en otro tiempo decían, y se halla en estado de penetrar en todas las interioridades de ambos poemas.

Verificación de Homero.

El verso heroico puede figurar entre las mas felices invenciones del entendimiento humano: es la forma mas rica y mas completa que nunca ha tomado la poesía. Entre las eminentes calidades de este metro, distinguía Aristóteles la firmeza y el vigor, la perfecta uniformidad, la enérgica vehemencia. La longitud del verso varía de trece á diez y siete sílabas, y es susceptible de tener cinco dáctilos ó uno solo, como tambien de tener cinco espondeos ó un espondeo único, reemplazado muchas veces por un troqueo. En los poetas griegos, el verso espondáico, ó terminado por cuatro sílabas largas, es de derecho común, y no, como en los latinos, una rara excepcion. Homero se permite con frecuencia el verso terminado por tres ó cuatro espondeos; y mas de una vez el dáctilo obligatorio se traslada del quinto pié al primero: licencias casi sin ejemplo en los latinos, y hasta en los poetas griegos posteriores á Homero. Añádase que los griegos nunca conocieron las trabas de toda clase inventadas por los latinos. El número de sílabas de la palabra final les es indiferente; solo el oído arregla el corte de su verso; casi no tienen otra ley fija que la de llenar las seis medidas; la cantidad de las sílabas finales de las palabras depende á cada paso de su voluntad; y á todas esas libertades, Homero agregó otras que le son particulares, y que escandalizaban á los métricos de los últimos siglos. Así es que

Homero tiene versos *acéfalos*, segun ellos dicen, ó que comienzan por una sílaba breve; los tiene *lagares* ó flojos que cuentan un yambo en medio, y *miures* ó cercenados, que tienen un yambo en el pié final.

Ese verso maravilloso, uno y múltiple á la par, grave y ligero, lento y rápido, majestuoso y familiar, ese instrumento de sonidos varios, recibióle Homero de los aedas, ya hecho y perfeccionado por un largo uso. Por dicha, no tuvo que consumirse en la ímproba tarea de los tanteos métricos, como Ennio entre los latinos, ó como el mismo Lucrecio. La armonía de Homero es viva y expresiva, inseparable del sentimiento que anima al poeta, del pensamiento que le ilumina, de la imágen que brilla á sus ojos; igual al objeto que pinta, al hecho que narra y al movimiento de que quiere dar la idea.

Trasmision de las epopeyas homéricas.

Los rapsodas fueron durante muchos siglos casi los únicos usufructuarios del tesoro que les dejara Homero. La copia de los poemas homéricos, hecha segun dicen por Licurgo, ó no era completa, ó nunca fué conocida en la Grecia continental; pues hasta en tiempo de Solon y de Pisístrato no le fué dado al vulgo leer por entero la *Iliada* y la *Odisea*. Los que se llamaban homéridas vivian de la recitacion de los versos de Homero; interesábales mantenerse con celosa obstinacion en posesion de aquel fondo inagotable, y no entregar mas que fragmentos á la entusiasta curiosidad y á la memoria de los oyentes: así se aseguraban un largo reinado, un privilegio casi interminable. Solon, que habia viajado por Jonia, y cuya perspicacia habia notado las concordancias

de todos los cantos que oia, ó cuyas copias leia, previno á los rapsodas que figuraban en la fiesta de las grandes Panateneas, que en la recitacion de los cantos homéricos siguiesen un órden determinado y, segun él, conforme con el plan, con el pensamiento de Homero. Pisístrato y su hijo Hiparco hicieron mas todavía, ayudados de algunos hombres de talento, como Onomácrita de Atenas, Orfeo de Crotona, Zopiro de Heraclea, y tal vez Simónides de Ceos: volvieron su integridad á la *Iliada* y la *Odisea*. Pusiéronse á contribucion todos los manuscritos parciales que se hallaron; invitóse á todos los rapsodas á suministrar su contingente oral; y una docta crítica efectuó el espurgo de la escoria y del metal de malale y mezclado confusamente con el oro del poeta. «Yo soy, dice Pisístrato en un epígrama donde se le hace hablar; yo soy quien reunió los cantos de Homero, antes aquí y allá esparcidos.» Toda la antigüedad le rinde este glorioso testimonio. Gracias á él, cesóse de deplorar el desórden y confusion en que yacian las rapsodias divulgadas en toda la Grecia por los que habian dispersado en pedazos, como dice un antiguo, el sagrado cuerpo de Homero.

Los *diascevistas*, ó arregladores, que habian ejecutado bajo la direccion de Pisístrato aquel inmenso y magnífico trabajo, no dejaron mas que desperdicios á los que despues de ellos se dieron á examinar de nuevo el texto de las poesías homéricas: hablando propiamente, ya no hubo diascevistas ni arregladores, sino solo correctores, *diortuntos*, segun la expresion que empleaban para designar á aquellos nuevos editores. Todo su esfuerzo se concentraba en algunos pormenores: suprimian ciertos versos que tenian por

interpolados, y añadian otros, desechados antes por razones que no les parecían bastante plausibles, ó entresacados por ellos de algun manuscrito antiguo, de alguna fuente desatendida por los diascevistas; cambiaban de lugar uno ó dos versos, so pretexto de claridad ó de conveniencia; modificaban la ortografía de tal ó cual palabra; reunían ó separaban tales ó cuales sílabas, y preferían tal ó cual lección á tal otra. Sin embargo, esos cambios nunca fueron radicales: esas rectificaciones verbales, esas inversiones, adiciones y supresiones, jamás se propasaban á refundir el texto, y solo afectaban sus condiciones mas superficiales y menos interesantes. La famosa diortósis que Aristóteles había hecho para Alejandro, aquella edicion de la cajita que el conquistador llevaba siempre consigo, era probablemente una copia mas ó menos enmendada del manuscrito de Pisistrato. Lo cierto es que las citas de la *Ilada* y de la *Odisea* que se hallan en los autores de los siglos V y VI antes de nuestra era, están conformes, salvo raras excepciones, con el texto que en el dia poseemos. Casi todas las diferencias se explican suficientemente por la existencia de diversas ediciones y de las variantes, y tambien por los errores de memoria tan frecuentes en los que citan sin tomarse el trabajo de consultar los originales. Tal verso de Homero, citado dos veces por Aristóteles, no está en Homero, ó no está como él lo cita: de seguro es una variante de su edicion, pues Aristóteles no era de los que leen á la ligera; pero creemos que seria una distraccion si la cita se hallase en Jenofonte ó Platon.

Trabajos de los criticos alejandrinos.

La última revision de Homero en la antigüedad fué la

de los criticos alejandrinos del tiempo de los primeros Tolomeos: Zenodoto, Aristófanes de Bizancio y Aristarco. Todo nos prueba que no se excedieron en relocalar el texto; pero lo que les distinguió de los demás diortuntos es el comentario con que acompañaron el texto, y en el que consignaron sus dudas, sus opiniones particulares y las correcciones que proponían, sin que se hubiesen atrevido á hacerlas en la misma copia. Bien conocidos son los pormenores de sus trabajos, desde el descubrimiento y publicacion de los *Escolios* de Venecia, hecha en el último siglo por el filólogo francés Anse de Villoison. Tambien debemos á los mismos criticos la determinacion de los verdaderos autores de muchos poemas falsamente atribuidos á Homero, como la *Batracomiomachia*, las epopeyas cíclicas, los *Himnos*, etc. Sobresalian en el conocimiento de la lengua y de las antigüedades, y podemos adoptar sin escrúpulo todos los resultados de sus investigaciones históricas: es probable que el Homero que nos han legado es el mas puro gramaticalmente, el mas verdadero, el mas auténtico que nunca se ha poseido desde Solon y Pisistrato.

Nos guardaremos muy bien de tributarles el mismo elogio por la parte literaria de sus trabajos. Eran de su siglo, esto es, de un siglo de cultilocuencia y de doctos; su gusto se resiente de su ciencia, y en especial del aire que se respiraba en la córte de los Tolomeos. Hallan harto sencillo á Homero, y parece que se empeñan en despojarle de su antiguo carácter. Disputan la autenticidad de los versos en que Aquiles trata á Agamenon de borracho de ojos de perro y corazon de ciervo; no comprenden que Tétis hable á su hijo de las dulzuras del amor, y que Andrómaca en su

inquieta solicitud por la vida de Hector muestre al guerrero el punto del muro que el enemigo podrá forzar, y le enseñe el sitio donde conviene preparar á los soldados. Llenarian un libro sus aberraciones críticas.

En realidad, no hay en el texto de Homero, tal como lo poseemos, tal como ellos mismos lo dejaron, cincuenta versos verdaderamente sospechosos á los ojos de una razon libre de preocupaciones; y precisamente los pasajes mas homéricos, digámoslo así, los mas sahumados con el aroma de las edades antiguas, son los que eligieron con preferencia los alejandrinos para fulminar contra ellos la sentencia de bastardía y de interpolacion.

Las inadvertencias que se han observado en la *Iliada* y en la *Odisea* pertenecen casi todas al orden de debilidades de que adolece la fragilidad humana, y se explican por el sopor en que á menudo cae la atencion de los mas vigorosos entendimientos en el curso de una larga obra. No menos graves las hay en la misma *Eneida*. Diráse que es un poema inacabado, y que el autor las habria corregido; pero si Montesquieu pudo en el *Espíritu de las Leyes* poner á Cristóbal Colon en frente de Francisco I; si Cervantes pudo no menos impunemente presentarnos á Sancho montado en su jumento, despues de robárselo Ginés de Pasamonte, y no habiéndolo aun recobrado, no es de extrañar que Homero resucite sin quererlo á tal oscuro guerrero muerto anteriormente, á quien, en compañía de tantos otros, hundió ya en el sueño eterno.

Del canto XI de la Odisea.

No nos sorprende que se tuviesen por interpolados cier-

tos episodios de la *Iliada* y de la *Odisea* que parecian poco acabados y podian pasar por obras de mano vulgar. La evocacion de los muertos, segun algunos críticos, se hallaria en ese caso, y por consiguiente mereciera desaparecer de la *Odisea*. No pensamos así nosotros. Primero paremos mientes en que, de todas las partes de los poemas homéricos, la que nos ocupa es quizá la que con mas frecuencia citaron los antiguos, sin que jamás concibieran la menor sospecha contra su autenticidad. En segundo lugar, este canto es uno de los mas hermosos de la *Odisea*, uno de los mas ricos en brillantez de estilo y en poesía, y el interpolador hubiera cometido una insensatez ahogando así una obra de genio en el océano de Homero.

En las siguientes palabras de la sombra de Anticlea á su hijo Ulises se revela el alma de Homero: «Ni Diana la de las flechas seguras me mató en mi morada hiriéndome con sus repentinos dardos, ni enfermedad alguna vino á consumir tristemente mi cuerpo y á quitarme la vida: el sentimiento de no verte mas, la inquietud por tu suerte, ilustre Ulises, el recuerdo de tu ternura conmigo, esto me arrebató la grata existencia (1).» Sí, el genio de Homero dispuso la escena tan dramática y sorprendente de la evocacion; sí, al pintor mas insigne debemos los cuadros que se despliegan á los ojos de Ulises. ¿Quién sino Homero hubiera descrito con tanta sencillez y energia la muerte de Agamenon? «No sumergió Neptuno mis naves, dice la sombra del rey de los reyes, ni levantó contra mí el impetuoso soplo de los terribles huracanes; ni los enemigos me hirieron en la tierra en un combate. Egisto fué quien maquinó mi muerte,

(1) *Odisea*, canto XI, v. 498 y sig.

y quien me asesinó con la ayuda de mi criminal esposa. Convidóme á un festin en su casa, y fuí muerto como el buey sobre el pesebre. Tal fué la muerte lastimosa que sufrí. En torno mio caian sucesivamente mis amigos degollados, como cerdos de blancos dientes, que van á proveer en casa del opulento y poderoso, ó un banquete de bodas, ó una comida á escote, ó un espléndido festin (1).» Léase la admirable descripcion del suplicio de Tántalo y de Sísifo, y se observará la mano del poeta de Ulíses y Aquiles.

Conclusion.

Por nuestra parte, siempre y en todo hemos encontrado á Homero en el fondo del canto XI de la *Odisea*; y tambien le hemos encontrado en todas las partes de ambos poemas, en vez de la miriada de rápsodas ó aedas, diferentes en ingenio, entonacion y estilo, soñada por la imaginacion de los críticos modernos. ¡Así nos hubiese sido dado bosquejar esa divina figura tal como se nos ha aparecido, y presentarla al lector con rasgos fáciles de conocer! Pero al artista hay que buscarle en la obra. En la *Iliada* y la *Odisea* se le contemplará digno del respeto y admiracion del universo, y despues de tres mil años, como dice uno de nuestros poetas, lozano de gloria y de inmortalidad.

(1) *Odisea*, canto XI, v. 406 y sig.

CAPÍTULO V.

Hesíodo.

FECHA PROBABLE DE LA EXISTENCIA DE HESÍODO.—VIDA DE HESÍODO.—JUICIO DE LA POESÍA DE HESÍODO.—POEMA DE LAS OBRAS Y DIAS.—LA TEOGONÍA.—AUTENTICIDAD DE AMBOS POEMAS.—LAS GRANDES EÉAS.—EL ESCUDO DE HÉRCULES.—OBRAS ATRIBUIDAS Á HESÍODO.

Fecha probable de la existencia de Hesíodo.

Igualmente que Homero, vivia Hesíodo en una época en que la Grecia era todavía gobernada por reyes, lo cual da él mismo á entender claramente en mas de un pasaje. Con todo, esa vaga indicacion deja ancho campo á las conjeturas cronológicas; y aunque Hesíodo habla de paso de la guerra de Troya como de un acontecimiento antiguo, queda un intervalo de muchos siglos al través del cual su existencia flota, digámoslo así, llevada por unos hasta los extremos de la edad heróica, y por otros hasta la época de las Olimpiadas.

Del exámen de sus obras pretenden muchos sacar la prueba de que vivió antes de Homero. La lengua de Hesíodo, dicen, lleva un sello particular de arcaísmo; en él, el jónico épico contiene eolismos mas frecuentes que en Homero, y hasta las reglas de la cantidad experimentaron en algunos versos de Hesíodo el influjo de la pronunciacion eólica. Para explicar esos hechos basta considerar que Hesíodo era eólico, y que cantó en Beocia, esto es, en el centro del país ocupado por las poblaciones eólicas. La mitología de Hesíodo, que tambien sirve de argumento, se acerca en ver-